RAÚL M. RIEBENBAUER

El silencio de Georg

La investigación periodística
de un crimen de Estado

R A Ú L M. R I E B E N B A U E R

El silencio de Georg

La investigación periodística
de un crimen de Estado

Lima, junio de 2013

© Del texto: Raúl M. Riebenbauer, 2013

© De la presente edición: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)

Impreso en el Perú - *Printed in Peru*

Corrección de estilo: Gabriela Vargas Philippón

Diseño de cubierta: Germán Ruiz Ch.

Diagramación: Diana Patrón Miñán

Fotografía de portada: © Raúl M. Riebenbauer. Pasaporte incluido en el sumario de la causa n° 128 y 129-IV-72 (Barcelona, España).

Editor del proyecto editorial

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas S.A.C.

Av. Alonso de Molina 1611, Lima 33 (Perú).

Teléf. 313-3333

www.upc.edu.pe

Primera publicación: junio de 2013

Tiraje: 800 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de junio de 2103 en los talleres de Gráfica Biblos ubicados en Jr. Morococha 152, Surquillo, Lima –Perú.

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)
Centro de Información

Riebenbauer, Raúl M. El silencio de Georg. La investigación periodística de un crimen de Estado.

Lima: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), 2013.

ISBN: 978-612-4191-08-4

INVESTIGACIÓN PERIODÍSTICA, INVESTIGACIONES SOBRE VÍCTIMAS DE CRÍMENES, PENA DE MUERTE, FRANQUISMO, ESTUDIO DE CASOS, ESPAÑA

070.449 RIEN

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2013-06984

Registro de Proyecto Editorial en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 31501401300393

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El contenido de este libro es responsabilidad del autor y no refleja necesariamente la opinión de los editores.

Contenido

Prólogo	11
Nota del autor	15
PRIMERA PARTE	
1 La obsesión	19
2 El origen	21
3 La caja	25
SEGUNDA PARTE	
1 La llamada	93
2 Los dos crímenes	99
3 La verdad en el norte	145
4 El regreso	205
5 Las revelaciones	209
6 La liberación	305
Cronología del caso de Heinz Ches	325
Agradecimientos	329

A las cuatro generaciones de mujeres Riebenbauer que he conocido:
mi madre, mi hermana, su pequeña Alicia y mi anciana Oma.

«Y para evitar que se confundiera la memoria con el resentimiento o los deseos de venganza, se perdonó hasta el recuerdo, renunciando a una imprescindible pedagogía democrática».

José María Mendiluce, «Y usted, ¿dónde estaba?»

Prólogo

La historia nos ha dado múltiples pruebas de que el periodismo, en manos de quienes lo ejercen con ligereza, falta de pasión y de rigor, puede convertirse en un gran cuento que te arrulla y te hace creer que los personajes son únicamente quienes el autor quiere que sean. Los periodistas, sin embargo, debemos recordar siempre que en la verificación se cobija nuestra razón de ser. Y es que la duda, unida a la intuición y al deseo, pero sobre todo a la calidad humana, permite que las historias dejen de convertirse en cuentos y se acerquen a sus protagonistas y a los hechos con el respeto que se merecen.

La historia de Heinz Ches publicada en *El Caso*, un popular periódico español de sucesos en tiempos de Franco, no es solo la historia de una «farsa política» llena de detalles verosímiles; sino también y, por sobre todo, la historia personal de un periodista que apostó por enfrentarse a la sospecha y al cinismo e invirtió diez años de su vida en hilvanar y comparar datos, letras, lugares, detalles fotográficos y nacionalidades, mientras la pasión periodística se lo exigía, la vida lo arengaba, el alma se le hacía añicos y el cuerpo le pedía, a gritos, reposo.

Hoy, transcurridos ocho años desde su primera publicación y dieciocho desde que se inició la investigación periodística, Raúl M. Riebenbauer sigue recordándonos tercamente que la verdad no suele estar íntegramente definida siquiera en el diccionario, y que luchar por encontrarla implica abrazar una libertad que te remece, pero que sin duda, también, te oxigena el alma.

Con este libro, Raúl M. Riebenbauer nos da una sólida lección de periodismo, de respeto por la vida y sus pequeños, pero contundentes detalles; es, sobre todo, una clase magistral de lo que significa responsabilizarse —hasta las últimas consecuencias— por lo que uno encuentra mientras vive, por lo que uno cree, y por lo que uno es.

Esta historia de identidades manoseadas y manipuladas nos obliga a reflexionar sobre los peligros de dejarse seducir por los caminos más cortos, menos empinados; sobre el facilismo de privilegiar las historias oficiales y edulcoradas que anestesian y diluyen los sentidos e impiden reconocer los matices que le dan verdadero sentido a la escala de colores.

Conocer al autor de este libro me ha permitido repensar el quehacer periodístico; confirmar el valor y la necesidad innegociables del rigor enfermizo y «enfermante»; ponerle freno a la preocupante vehemencia que le plantean, no siempre con argumentos periodísticos, las nuevas tecnologías a una profesión que requiere y requerirá siempre de reflexión, verificación y amor por el detalle.

Raúl M. Riebenbauer comparte una historia dolorosa, difícil de procesar, pero que hoy está aquí para que, gracias a la memoria, esta no se repita. La historia de un supuesto ciudadano apellidado Ches es la demostración más contundente de lo urgente y necesario que resulta el periodismo de investigación en manos de expertos que se respeten. La historia de esta inexplicable ejecución a garrote vil el mismo día que Salvador Puig Antich, anarquista catalán de gran influencia en el proceso de la transición política a la democracia en España, es la evidencia más palpable de que el verdadero ejercicio periodístico tiene que ver con el ejercer, pero por sobre todas las cosas, con la calidad del *ser*. Con el coraje, la pasión y la responsabilidad con los que uno enfrenta los hechos de los cuales está compuesta la vida.

He tenido la oportunidad de leer el libro, pero también de escuchar la voz, el tono y el ritmo con los que el autor comparte la historia y su proceso de producción con futuros periodistas. Se trata de una vivencia indescriptible que cultiva nuevos sentidos; renombra y redefine sentimientos; que imposibilita la inmunidad mientras, paralelamente, se convierte en una insustituible e indispensable lección periodística.

Gracias, Raúl.

Úrsula Freundt-Thurne
Decana de la Facultad de Comunicaciones
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)
Lima, febrero de 2013

Nota del autor

Este libro cuenta el proceso de investigación periodística del caso de Heinz Ches: el 2 de marzo de 1974, un hombre con esa identidad fue ejecutado a garrote vil en España por orden del dictador Francisco Franco. Poco antes, el grupo terrorista ETA había matado al presidente del Gobierno y sucesor del tirano. El régimen franquista, ya cercano a su fin, reaccionó al atentado con extrema dureza: ordenó aquella ejecución y también la del joven anarquista catalán Salvador Puig Antich. Entre 1995 y 2004 me dediqué a la investigación del caso de Ches de forma irregular, aunque con una fijación constante, creciente y cada vez más patológica. En algunos periodos de mi vida esta historia dormitó, o bien convivió con otros caminos personales y profesionales; en otros momentos, simplemente me obligué a ignorarla por supervivencia mental. Así fue hasta que me atrapó de forma irreversible y no pude abandonarla sin resolverla. Los últimos tiempos fueron extremadamente duros, sobre todo desde que propuse a unos productores convertir la búsqueda en una película documental. Después de casi un año y medio de amargas experiencias —engaños, vejaciones y coacciones incluidas—, fui expulsado de mi propio proyecto, que continuó avanzando. Experimenté un desgarró enorme, indescriptible. Apoyado por algunos de mis colaboradores, intentamos sacar adelante nuestra propia versión cinematográfica. Las acciones de la productora lo hicieron imposible. Entonces, arruinado y al borde de una terrible depresión, alguien me empujó a la escritura. En esas circunstancias nació este libro, en un intento de no ser devorado por el dolor, la rabia o la tristeza. Escribí y seguí investigando hasta el final. Subsistí como pude, con la ayuda de

muchas personas. Cuando logré su publicación en 2005, decidí cambiar en el texto los nombres de algunos de mis ayudantes, para protegerles en mi conflicto con la productora. En la presente edición recuperan su identidad, mientras que desaparecen unos pocos fragmentos vinculados a aquellos cambios. Entonces omití también algunos nombres para respetar la intimidad de quienes me lo pidieron, un compromiso que mantengo. Algunos pasajes fueron modificados ligeramente, en función de las necesidades narrativas; no así los datos del caso, incorporados con un rigor tan obsesivo como su búsqueda.

Raúl M. Riebenbauer
Lima, febrero de 2013

Primera parte

«Para atacar a la sociedad es más interesante
mostrar a un culpable
y ver cómo se comporta con él la sociedad».

Richard Brooks, acerca de *A sangre fría*

1

La obsesión

Las obsesiones se alojan en un punto entre el córtex y el entrecejo.

Y yo tengo una agarrada al mío con rabia, con dolor, con desesperación.

Estoy deprimido. Así es. Sin metáforas. Y a veces me siento más cerca de la muerte que de la vida. Y esto se debe a esa fijación que ha crecido durante los últimos años. Siete años. Una fijación por un nombre: «Heinz Ches. Heinz Ches —repito—. Sí, ese es el nombre».

Me miro en el espejo y me pregunto quién soy. Podría decir que Norberto González, Luis Martínez o Sandra Fuentes si me atreviera a cambiar de sexo, pero no: «Soy Raúl Riebenbauer», me digo. Bueno, Raúl M. Riebenbauer porque mi padre sigue ahí, aunque reducido a una «eme» y a un punto desde que se marchó de casa un miércoles al mediodía, hace mucho tiempo. Sin embargo, no me atrevo a llamarme en voz muy alta, porque observo mi reflejo y dudo de si yo soy yo, o ya soy él, Heinz, que me devora desde ese punto.

2

El origen

Todo empezó de un modo apenas perceptible para mí, como seguramente se forma cualquier huracán. Fue en enero de 1995, cuando estaba a unos días de perder un trabajo de periodista en televisión y alguien me prestó un libro para que no me aburriera en ese periodo terminal. Abrí las tapas, pasé las hojas, empecé a leer y no me detuve hasta llegar al último capítulo. Y fue allí donde le encontré. Es curioso cómo uno puede quedarse atrapado por algo irrelevante en apariencia, caer en una trampa que se empieza a cerrar sobre uno mismo sin que se atisbe ni por asomo el golpe tajante del cepo. ¿Qué habría hecho en aquellos instantes de haber sabido que tanto tiempo después seguiría mirando a la cara a aquel hombre? Entonces no arrojé lejos aquel libro encuadernado en rojo. No lo hice. Ese fue mi error. Y quedé atrapado. Sucedió en cuanto me topé, en una fotografía, con sus ojos asustadizos, idos, perdidos, en cuanto leí su nombre, Heinz Chez, y en cuanto devoré su historia. Había sido ejecutado en España en 1974. No había que ser un genio de la matemática para calcular que, cuando aquel tipo murió, yo tenía cuatro años, casi cinco, y la verdad, a aquella edad, no podía saber que un polaco había sido condenado a muerte y se había convertido así en uno de los dos últimos ejecutados a

garrote vil. Nunca había pensado en el garrote hasta que hojeé aquel libro. Sí en la pena de muerte, claro, que siempre me había provocado un vacío en la boca del estómago, un dolor que me impulsaba a meterme en la piel del que iba a ser asesinado en nombre de la ley, fuera o no culpable, eso no me importaba. Pero jamás había imaginado cómo el horror de los tres cuartos de vuelta de un manubrio era suficiente para que un verdugo fracturase la columna vertebral, a la altura de la cuarta cervical, y provocase la muerte. Aunque no siempre era así, algunas veces se les complicaban las cosas a los ejecutores de la ley, como les gustaba llamarse. Y aquel, el del polaco, parecía haber sido un caso de esos. Una fotografía del garrote que había sido utilizado —también en aquel libro de tapas rojas— lo atestiguaba. Todavía, muchos años después, mantenía intactos los apaños que había improvisado el ejecutor para poder llevar hasta el final su misión: un simple trapo, aún atado a la argolla, para atrapar mejor el pescuezo. Al volver de la ejecución, el verdugo, que llevaba consigo el garrote, lo había arrojado al fondo de un armario, envuelto en una manta y atado con una cuerda. Y así había permanecido durante años, hasta que alguien debió de descubrirlo por casualidad.

Como digo, el comienzo fue casi imperceptible, porque en aquel momento solo supe que me hacía una pregunta: «¿Quién sería ese Heinz Chez?». Ese interrogante estuvo dándome vueltas en la cabeza durante semanas. Tal y como me habían anunciado, se acabó mi trabajo. Me quedé suspendido en el limbo de la indecisión. No sabía qué hacer con mi vida, después de todo, profesionalmente no me daba demasiadas satisfacciones. Había escrito en algún periódico local, había metido las narices en el ingrato periodismo institucional y político, y había acabado en un mediocre programa de televisión que los programadores se quitaron de encima en solo tres meses, en cuanto los índices de audiencia cayeron en picado. Así pues, me convertí en un parado más, no inscrito en el registro de desempleo por pereza y por no pasar a ser un dato estadístico, pero un parado al fin y al cabo. La otra vida, la emocional, tampoco estaba en

un buen momento: a la larga relación de pareja que arrastraba ya le veía el final, languidecía sin remedio. De modo que, con ese paisaje de fondo, me decidí y pensé que, como no tenía nada mejor que hacer y no podía sacarme la mirada de aquel tipo de dentro, no perdía nada si buscaba a alguna de las personas que hubieran podido conocerle. Pensé que sería lógico empezar por su abogado, este habría pasado unas cuantas horas con él y podría explicarme lo que supiera del caso. Había leído que tuvo uno. Quizá sería accesible y estaría dispuesto a perder una mañana con un joven periodista, de veinticinco años, con aspecto de andar extraviado en el primero de sus laberintos vitales. Durante unos cuantos días rebusqué en hemerotecas y bibliotecas para saber si lo que me comenzaba a interesar ya estaba contado. Solo encontré algunos detalles. En alguna parte leí que aquel polaco era un hombre enigmático. Eso es todo lo que pude averiguar al principio, en 1995.

3

La caja

En la mañana de hoy, 12 de julio de 2002, he entrado en mi habitación del caos, he rebuscado entre decenas de libros, ropa vieja y montones de trastos hasta que he dado con ella. Ahí seguía: una caja de cartón en la esquina de ese espacio donde encierro todo el desorden. Tiempo atrás la sellé con esparadrapo para que enmudeciera, incapaz de resolver los interrogantes que contenía, y estampé con lápiz sobre ella: «Chez». Así fue como la había dejado perderse en el fondo del caos y de mi memoria. Imposible. Por eso la he acabado arrastrando hasta el salón, empujándola con los pies, aunque no es ni demasiado grande ni demasiado pesada. Me he sentado frente a ella, los dos solos sobre una mullida alfombra roja. He estado mirándola al menos durante una hora. Entonces únicamente he podido arrancar el esparadrapo y entreabrir las cuatro tapas de cartón, porque en ese instante me ha sobrevenido una náusea insoportable, como si acabase de desatar una tormenta espantosa y maloliente. Algo de eso habría, he supuesto, por la fuerza del fantasma encerrado entre aquellas paredes frágiles, tanto que no habían impedido que me persiguiera desde que intenté enmudecerlo. Pero una cosa es que a uno le siguiera sin descanso una sombra y que el remordimiento por haber abandonado a medias la investigación de aquella historia le fustigara sin piedad, y otra muy distinta es decidirse a airearla así, de buenas a primeras. No lo he resistido. Y he tenido que salir corriendo de casa.

Ahora, cansado de huir, estoy plantado de nuevo frente a la caja, pensando qué ridículo resultaría que alguien me viera en la lucha con este recipiente de cartón. He decidido vaciarlo. Dentro hay dos cintas de casete, cientos de papeles (la mayoría notas manuscritas casi ilegibles, por mi terrible caligrafía) agrupados en cinco cuadernos, y algunas copias de documentos. Y un periódico, un ejemplar de una publicación sensacionalista de los años setenta. *El Caso*. Fecha: sábado 9 de marzo de 1974. Seis pesetas. Titular a cinco columnas y tamaño del cuerpo 72: «Ejecutados». Y dos fotografías enormes: a la izquierda, un tal Salvador Puig Antich, de apariencia ciertamente inofensiva, cándida incluso; y, a la derecha, Heinz Chez, algo más inquietante con su flequillo largo y revuelto sobre la frente, patillas muy pobladas y barba y bigote de varios días. Al ver este bigote y ese pelo revuelto pienso —como la primera vez— que alguien, quizá un policía o un redactor del periódico, se entretuvo dibujándolos sobre la fotografía para endurecer sus facciones. Resulta evidente.

El Caso desplegó su más burdo sensacionalismo en las siete páginas que dedicó a ambas ejecuciones. La extraña historia del polaco ejecutado, página cuatro. Delitos que han llevado al patíbulo a Puig Antich, página seis. Cómo es y cómo funciona el garrote vil, página ocho. Y ahí, entre tanta basura informativa, un anuncio que retrata lo que intentaban provocar entre sus lectores: «¡Defiéndose! ¡Protégase! Revólver automático de ocho detonaciones. Doscientas setenta pesetas. Con este revólver detonador hará que huya su agresor. Interesante para su hogar, automóvil o cualquier desplazamiento nocturno. Ideal para taxistas. De fácil manejo y gran utilidad».

Y, junto al revólver automático de ocho detonaciones, dos terribles criminales. Porque, para este semanario, todos los criminales eran terribles. No iba a ser distinto en esta ocasión. La historia que presentaba era clara: un tal Heinz Chez, apátrida, había intentado asesinar a un guardia civil en el puerto de Barcelona, en la noche del 13 de diciembre de 1972. Deambuló por algunos bares de la Barceloneta, bebiendo whisky, y finalmente disparó

Si desea continuar leyendo, puede adquirir el libro en formato físico a través de nuestra **tienda virtual**.